
A N D R E S S A B E L L A

Crónica Mínima
de una gran Poesía



EDITORIAL NASCIMENTO

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

«Gómez Rojas: Realidad y Símbolo», edición de la Federación de Estudiantes de Chile, 1937. -

«Popularización de Gómez Rojas», ediciones de la Revista Universitaria, 1939.

«Rebeldías Líricas», de J. D. Gómez Rojas, a cargo del autor, ediciones Ercilla, 1940.

«Algunos Años de Poesía», estudios, (inédito).

«Las 4 Patas del Vino», homenaje a los poetas chilenos Alberto Rojas Jiménez y Alberto Valdivia, (inédito).

A N D R E S S A B E L L A

Crónica Mínima de una gran Poesía

CHILE EN LA POESIA Y EXPRESION
SOCIAL DE SUS POETAS ✦ LIBROS
Y NOTICIAS DE 48 POETAS JOVENES

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO CHILE

1941

Nº. 1995

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
—A h u m a d a 1 2 5—
Santiago de Chile 1941.

A
JUAN NEGRO y
FRANCISCO SANTANA,
en fervor de amistad y poesía.

A. S.

«Crónica Mínima de una Gran Poesía» fué escrita, especialmente, para la revista «Atenea», publicándose en su número correspondiente a marzo del presente año; con algunas correcciones se lanza, ahora, en tirada aparte, habiéndole agregado, por insinuación del editor, un trabajo que apareció en el N.º 98 de «Acción Social», y que aquí, también, ha recibido pequeñas modificaciones, más una lista de 48 poetas jóvenes, con sus libros y noticias de mayor relieve, para el lector que busca algo más que la sencilla lectura.

Abril de 1941.

A. S.



ON Pedro de Valdivia escribía a su Rey, haciendo entonces la primera fotografía total de Chile: «Es más poblada que la Nueva España, muy sana, fertilísima e apacible, de muy lindo temple, riquísima de minas de oro, que en ninguna parte se ha dado cata que no se saque». Y don Alonso de Ercilla, coincidiendo en su destino de fecundidad:

«Chile, fértil provincia y señalada»,

con lo que ya se declaraba para el tiempo que Chile tenía las entrañas llenas de bondad, de oro, es decir, de nobleza para el juego de la vida y de la muerte—que es como decir para la poesía: de ahí que no sea extraño el espectáculo de sueño que emerge de tanto chileno, aunque se nos haya tildado, por oscuros años, de gente de historia, pero no de la que es aventura y velero entregado a quién sabe cuántos horizontes! ¡Somos un pueblo que sueña! A pesar del caballero que husmea rastros en infolios, Chile canta y se entrega a la pura mentira. Poeta fué el mal llamado «chango López», soñando en su botecillo de nombre señero: «Halcón», en el oleaje macho del norte: «Halcón», en el prólogo del salitre. Poeta era don José Santos Ossa, llevando la fortuna y la desgracia como dos ángeles sobre su frente. Poetas todos los Juanes y los Pedro y los González que treparon El Morro, en la mañana asombrada de Arica; que se per-

dieron, cualquiera vez, en el mapa del mundo; que atajaron las balas con su hombría inmensa en los aguafuertes de las huelgas; que se desangran medio a medio de la noche, bajo la equis instantánea de los cuchillos; que, muertos de hambre, comparten su pan; que mueren haciendo una sonrisa, como un epitafio adelantado y jovial. Poetas son los que comen su juventud, palpando el desierto, como una extraordinaria mujer que ocultase el placer definitivo; poetas los que cosen de contrabandos la Cordillera; poetas los que adoran el organillo y el sueño dulce de Balmaceda, en tricromías que refulgen como talismanes; poetas los que bailan en las pesadas lanchas maulinas encima del invierno; poetas los que envejecen por las calles de los archipiélagos; poetas los que avanzan hacia el porvenir, cantando hasta por sus harapos, seguros de que de alguna bandera bajará la felicidad! . . .

Y somos poetas, porque allá mueve el mar sus resonancias y los peces van y vienen, los peces que son las flores de las últimas distancias; porque allí Los Andes nos derraman su leche plateada y casi celeste; porque el viento que escapa del austro nos refresca las cúspides del corazón; porque el oro, «que en ninguna parte se ha dado cata que no se saque», besa las raíces de nuestra sangre; porque el Valle Central es una joyería que ilumina hasta el confín de nuestra cabeza; porque el cielo chileno aprendió a trocarse en mano y nos guía como la de un padre por caminos de seda; porque la mujer que florece a nuestra orilla es un cántaro de vino y una guitarra hecha de mundo.

Y Chile mismo, en su conformación de serpiente y de humo, de espada y de flauta, de capricho y de arbitrio, es una hoja de poesía.

Poetas sin olivo, con la frente linda sólo por un toque de sol y de trabajo, ¡cuántos chilenos en la antología de los entierros y los bautizos, de los casorios y los trenes, pintando el día! Sin caligrafías ni ex libris, ¡cuántos poetas con sus mariposas en los mercados y en los domingos, en la carta y en la

manera! ¡Somos un pueblo que sueña! Un pueblo que aunque no escriba poesía, la lleva en sí como el pájaro los secretos del cielo!... (1).

Chile quiere decir «tierra profunda», «lo mejor que da la tierra», lo que viene a ser tierra cuyo seno está henchido de enigma; tierra bendita por todos los arco-iris, por todos los estíos, por todas las gracias, por todas las buenaventuras.

El conquistador y el poeta la adivinaron ubérrima y señalada por una lira de estrellas: «Es muy llana, y lo que no lo es, unas costezuelas apacibles; de mucha madera y muy linda»; «de mucha madera y muy linda»: madera de los puros instrumentos del canto, linda como una joya que lanzara sueños.

(1) Chile es país de payadores, de improvisadores; los apodos, los refranes y hasta los insultos aprisionan un sentido metafórico: «El cara de pregunta», «Robarle los huevos al águila», «El patas de garabato». Domingo Urzúa Cruzat editó una Biblioteca Económica, 1903, cuyo primer cuadernillo era de «Improvisadores chilenos»; en este cuadernillo aparecen nombres de hirviente recuerdo: Tomás Mardones, «el ratón», de Santa Cruz de Colchagua, quien saludó de este modo a un usurero llamado ño Adrián:

«Con leva viene ño Adrián
y es tan antigua su leva,
que la hizo nuestra madre Eva
para nuestro padre Adán».

En Curicó, el relojero y guitarrista Gaspar Contreras y el abogado José Munita; y en San Fernando, José A. González.

En algunos libros de Acevedo Hernández y en artículos de Rocco del Campo y Oreste Plath hay constataciones a lo que señaláramos al comienzo.

En la actualidad conozco a dos poetas populares de intención: Abraham Brito y Francisco Bustos, este último de tendencias gremialistas; es sabido que Brito frecuentó la amistad de intelectuales (Neruda), y sus versos se han publicado en la revista «Aurora de Chile», como expresión de pueblo.

Los trabajos de Valderrama y Vicuña Cifuentes revelan este aspecto nacional prolijamente, aspecto que aún promete sorpresas.

«La gente que produce es tan granada»,

apunta Ercilla: gente de selección, y la selección implica posibilidad de andar naturalmente en el país de las hondas fantasías; gente, en cuanto a color por dentro, roja: del rojo de los incendios internos. ¡Somos un pueblo que sueña! El pueblo que incrustó su mirar en el centro de un diamante, para perforar a las cosas su más ocultas mallas.

II

Il Katufé significa entre los araucanos el poeta, el varón que puede mover los hilos misteriosos del ser y del mundo. Es el varón que mira extrañamente y vive como rodeado por un invisible rebaño de fantasmas.

Las hazañas doran la lengua de estos hombres y los héroes emergen de su voz como de un agua milagrosa.

Los «weipife», (los narradores), cuando deben recitar lo hacen con angustia, plañideramente.

El poeta equivale a la memoria iluminada. Así, *il Katufé* (2).

III

Don Alonso de Ercilla, (1533-1594), inicia la canción escrita en nuestro clima de sangre de la Conquista. Es el exaltador, la columna que se graba a sí misma, de asombro. Hay que alabar la honradez del extranjero que supo mirar y admirar a los que le erguían sangre y fuego a los invasores. En el Canto I de «La Araucana» brillan dos estrofas que confluyen en la grandeza moral de nuestra primera piedra sanguínea:

(2) Sobre «Lírica Araucana» véase «Selva Lírica».

«La gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida».

.....

«No ha habido rey jamás que sujetase
esta soberbia gente libertada,
ni extranjera nación que se jactase
de haber dado en sus términos pisada».

Es el imperativo de la libertad la diadema que adorna el corazón de la raza.

Quiero, aquí, narrar algo que la historia ignora: cuando don Alonso escribía sus octavas reales, tuvo la cooperación de nuestros árboles y nuestra luna. ¿Cómo?, preguntaréis. Oídme: para que su faena de poeta no fuera extragada por la obscuridad, los árboles se encendían, por las noches, tal monumentales candelabros. Y la luna le cedía sus páginas, (porque la luna es como un libro), para que en ellas guardara el poema que volaba de sus sienas, lo mismo que una tumultuosa conmoción de pájaros de oro.

IV

Tambor y elogio para don García Hurtado de Mendoza, que fuera gobernador de Chile, es la obra de don Pedro de Oña, «Arauco Domado», (1596).

Y, luego, Hernando Alvarez de Toledo y su «Purén Indómito» y Diego Santiesteban Osorio y su «Continuación de La Araucana». Y nombres que ostentan palomas dormidas: Juan Ignacio Molina, («El Jovenado»), Juan José Guillelmo, (ele-

gías); «el Quevedo chileno», el Padre López, dominico y festivo, el de «el reloj teatino»; y Lorenzo Mujica, flor de tertulias, improvisando como si sacara rosas del pecho:

«La mujer que da en querer
para todos tiene sal,
y es salero universal
el amor de la mujer;
mas si da en aborrecer
aquello que más amó,
no tiene sal, diré yo;
por cuya razón se infiere:
salero es con sal, si quiere,
salero sin sal, si no» (3).

Y, de este modo, galantería y espada, sotana donairoso y amores sin infierno, se ordena una cifra: 1810. Entonces, el Fraile de la Buena Muerte, Camilo Henríquez, se ordena en Fraile de la Buena Nueva y en nuestro firmamento nace una estrella roja. «Camilo Henríquez atacó el régimen colonial en prosa y en verso con el ardor de un fanático», escribe don Miguel Luis Amunátegui. Suyo es este Apólogo, de 20 de agosto de 1812, que comienza:

«Error, hijo muy caro de la noche sombría,
furiosos e insensibles a los hombres hacía».

(3) El pie quebrado que se le impuso a Mujica fué «salero sin sal, sin o». Otros improvisadores de entonces: el Padre Oteiza, dominicano, autor legítimo de aquello que dice: «Pobre flor! Qué mal naciste!», atribuída a Quevedo; y el Padre Escudero, franciscano.

No fué Camilo Henríquez un favorecido por la virtud poética; tampoco la suerte le doró la frente en el teatro. Pero es el pionero y su sombra equivale a una gigantesca bandera clavada en el corazón del alba.

Como si fuera el destello de la emancipación, en 1809, canta en la Luz de Chile la primera imprenta hecha y derecha; la trajo un guatemalteco, Antonio José de Irisarri. Y, anudándose a nuestro país el internacionalismo progresista, es un argentino el que escribe «nuestra primera canción bélica», Bernardo Vera y Pintado. Anoto esto como un significativo símbolo de interamericanidad asentada en tierra chilena.

Es la hora de la poesía en forma de fusil (4).

V

José Joaquín de Mora y Andrés Bello, llenan la opaca fisonomía de Chile que—ángelus a ángelus—amontona fuego para 1842.

Una mujer, la primera que supera el bordado y el Padre-nuestro, Mercedes Marín del Solar, circunstancialmente, al morir Portales, adviene en la madre de nuestra poesía, (1837); Vial Solar nos la describe y afirma que «Un artista la habría buscado como modelo para una obra delicada». Patriotismo y cristianismo contienen el río de su voz. Su hijo, Enrique del Solar, en 1874, publicó «Poesías de la señora doña Mercedes Marín del Solar». Es la poesía que aún tropieza en el suspiro y solloza en las esquinas de la Biblia:

(4) La primera ley de imprenta nuestra es de 23 de junio de 1813, surgida a raíz de escritos de Camilo Henríquez; lleva las firmas de Francisco Antonio Pérez, José Manuel Infante, Agustín Eizaguirre y Mariano Egaña. Parece que fué obra de Juan Egaña.

«Del seno maternal sacarte quiso
la sabia Providencia,
sin que el amargo cáliz de la vida
probase tu inocencia;
y del obscuro seno de la nada
sin conocer los bienes ni los males,
despiertas a delicias eternas».

(«A un niño que murió en el instante de nacer») (5).

Esta mujer reparte, con sus manos, las luciérnagas que alumbrarán, más adelante, el camino de los magníficos poetas de nuestra patria.

VI

1841. Galope de oriflamas libres por Los Andes. En Argentina, los hombres de pensamiento escapan. Chile abre sus brazos fraternos y agrandan nuestra mirada Domingo Faustino Sarmiento, Mitre, Alberdi, López, Gutiérrez, argentinos que amarran con su acción las raíces de las dos naciones. Sacudidas a la modorra. Palabras que escocén. José Victorino Lastarria, en 1842, levanta la «Sociedad Literaria» y edita un «Semana-rio Literario»: Jotabeche y el poeta Salvador Sanfuentes polemizan de él con Sarmiento y López, quienes responden desde «El Mercurio» de Valparaíso. Se baraja el naipe de no sé cuántos corazones del romanticismo. Se argumenta que los chilenos poseen alas de papel carbónico. Entretanto, Bello traduce a Hugo. Y Salvador Sanfuentes contesta la acusación con sus «Leyendas Nacionales».

«Leyendas Nacionales» se compone de «El Campanario»:

(5) Norah Lange escribió «Poema para un niño que no pudo nacer», (ver «Poesía», Revista Internacional de Poesía, junio de 1933, Buenos Aires): curiosa coincidencia.

«Inami o la Laguna de Ranco», en Valdivia, (leyenda indígena); y «Teudo o memorias de un Solitario». ¡Qué fina defensa de la chilenidad es el prólogo de «El Campanario»! Picardía que adquiere carácter de alfiler:

«Pero sé también, chilenos,
que si nunca comenzamos,
campo vastísimo damos
a los dicterios ajenos».

El poeta ubica nacionalmente la trinchera y el auditorio:

«Ya sabéis lo que nos dice
un periódico perverso,
que no ha producido un verso
nuestro caletre infelice».

Sanfuentes exprime salud lírica: 3 cantos arquitecturan «El Campanario», que se inicia con esta donairoso pintura:

«Cuando el siglo dieciocho promediaba
cierto Marqués vivía en nuestro suelo».

Y pintura lograda, con dedos prolijos, es el total de «El Campanario», donde la muerte de Leonor es una rosa gris en la corriente del tiempo.

Para mostrar el diámetro poético de Sanfuentes copiamos este cuadro en blanco y negro:

«Media noche va a sonar,
brilla en el cielo la luna,
mas tal vez una importuna
nube la viene a entoldar
negra, ominosa y tardía,

que a cada instante varía
su fantástico contorno,
y parece un triste adorno
puesto en salón de alegría» (6).

VII

La poesía asciende igual que una espira celeste, triunfa el álbum, distingue la melopea. Chile recita los primeros artículos del Código Civil. Ferrocarriles que asombran el paisaje hasta entonces triunfal en su desamparo. Cifras. Discursos. Correos administrativos. Mantienen la copa de plata del ensueño caballeros que escriben como para airear su corazón: Hermógenes de Irisarri, Eusebio Lillo, José Antonio Soffia, Guillermo Blest Gana, Guillermo Matta, Pablo Garriga, Luis Rodríguez Velasco. Eduardo de la Barra existe en un juego de rostros ajenos: Bécquer, Heine, perpetuándose por sus disfraces.

Hermógenes de Irisarri, absorbiendo la claridad de Francia, modela su corazón en algún soneto; Eusebio Lillo, que será Ministro del Interior de Balmaceda, comparte en su frente la porción de la ternura y la del fervor patrio, alcanzando el mérito de escribir nuestra Canción Nacional; José Antonio Soffia se anuda la corbata del más fino sentimiento y es estampa de parque en el ocaso; Guillermo Blest Gana representa una como eclosión de cristales interiores; Guillermo Matta, abundante y con el galardón de haber «sido el primero que de una manera deliberada y reflexiva ha dado a sus composiciones un rumbo filosófico, un fin social, haciendo servir las bellezas del ritmo y la armonía al desarrollo intelectual de su país en un sentido

(6) El segundo trabajo de «Leyendas Nacionales» es de mayores alientos: el tercero trae una nota en que se lee que el autor extrajo su poema de «un antiguo manuscrito, donde había consignado la mayor parte de su vida un misionero, que lo terminó en el centro de la Araucanía».

más noble y elevado», (Armando Donoso); Pablo Garriga presente en voz, pero con el espíritu ausente de Chile; y Luis Rodríguez Velasco, actualizándose, en este instante, con su poema «La Unión Americana».

«¡Y tiemblen los tiranos de Europa la guerrera
al vernos agrupados en torno a un pabellón!
La idea es una sola, sólo haya una bandera,
¡no hay Andes! ¡No haya istmo! ¡Sólo haya una nación!»

Y tantos más, medio a medio del silencio, de perfil para la caricia de las viejas antologías! (7)

VIII

Un diario, en 1887, «La Epoca», tiende sus columnas como los surcos necesarios para la elevación del tono lírico de Chile: los cigarrillos redactan las rutas de las primeras audacias. Alfredo Irrarázaval aporta la sonrisa, (recordad su «Examen de Aritmética»); Luis Orrego Luco y Manuel Rodríguez Mendoza, prosa de anunciaciones; y Pedro Balmaceda Toro, su visión desenvuelta de cultura.

¡Provechoso año es éste! Un varón taciturno, con la fealdad externa que contrastaba con el alma, aumenta el ardor de estos soñadores. Viene de Nicaragua y en sus maletas se encuentran unas «Primeras notas», junto al espejo de los vagabundos, que es el único que copia las cabriolas del sol. Se llama, exóticamente, *Rubén Darío*, predestinación de reyes. Balmaceda

(7) Hermógenes de Irisarri prologó el libro de José Antonio Soffia, «Hojas de Otoño», (1878), afirmando que en las páginas de él «el verdadero poeta se siente y se presiente en todas ellas»; de Soffia es ese retrato que se inicia: «De blanco estaba vestida», etc. Blest Gana fué autor de «Armonías» y «Poesías», en 1884 y 85 respectivamente. Abundante bibliografía es la de Matta y Lillo.

descubre, una noche, sus fibras de oro, fibras de guitarra magnífica. Intiman. Se publica ese tomo pleno de auroras que es «Abrojos», al que seguiré, un año después, «Azul», estatua de cielo en la brújula de la poesía americana. Chile continúa siendo cruce de americanidad. Además, en 1887, acontece un diluvio de rimas con el Certámen Varela: concurren Darío, Ramón Escutti Orrego, Pedro Nolasco Préndez, Eduardo de la Barra... (8).

IX

«La Revista Cómica» echa a rodar sus ironías políticas en 1895: la poesía roza el pelambre banal. Pero sopla una tempestad que la favorece y la dignifica: se publica «Ritmos» de Pedro Antonio González, libro que es el arco de triunfo de la poesía moderna en nuestro país. (9). González es el poeta que resume las viejas virtudes de sus predecesores y se llaga las sienes por lograr la belleza: antes que él la poesía no tuvo esta vocación, esta dedicación sedienta y abnegada. González se crucifica a sí mismo en sus tripentálicas. Acepta el tatuaje de fuego que es la poesía y lo ostenta orgullosamente. Cuando se habla de González es preciso unir a su figura la del inolvidable Marcial Cabrera Guerra, Guerra es el timonel de la poesía moderna chilena. La impulsa. La defiende. Para González equivale al Bautista. Su frente se reparte en fraternales directivas. Los poetas le debemos a Guerra la biografía valorativa de su tan noble destino (10).

«La Lira Chilena» puebla los domingos en 1898. Es una revista quincenal con seudónimos, matrimonios, muchos avisos y pocas colaboraciones meritorias. Alberto Mauret Caamaño

(8) Eduardo de la Barra prologó la primera edición de «Azul».

(9) Fué Director Propietario de «La Revista Cómica», Samuel Fernández Montalva y Director Artístico Luis Fernando Rojas, al reaparecer en la segunda semana de octubre, en 1905. (Año X): se fundó en 1895.

(10) Guerra enloqueció. También escribió versos.

destaca sus poesías de azúcar escarlata y es, a la postre, el único sobreviviente de esta aventura (11).

En medio de estas publicaciones caben tres figuras altas: Ricardo Fernández Montalva, llovido de sangres puras, cerrando la marcha de los románticos y definiéndose en su «Nueva Magdalena», (¡cómo arroja flores a su retrato mi incendiada adolescencia!); Julio Vicuña Cifuentes, erudito y valioso, fiel a «La Mimosita»; y Antonio Bórquez Solar, quien remece las conciencias con sus innovaciones estridentes en la forma y sus denuncias sociales, que flamean como un harapo ensangrentado;

«Cayeron, porque pidieron
esos pobres que allí van,
otro pedazo de pan
a los que se enriquecieron
con el sudor que les dieron
esos tristes del salario
que, al desplomarse al osario
vieron brillar en sus plantas,
como las víctimas santas,
el resplandor del Calvario».

(*Los Huelguistas*).

Marcial Cabrera Guerra concentra sus inquietudes y en el diario «La Ley» crea un Anexo Dominical; después, «Pluma y Lápiz», (1900), revista que es para nosotros como libro santo, primera revista de evaluación, hogar de los que ensancharon los primeros horizontes de nuestra poesía (12).

(11) «La Lira Chilena» tuvo por Director Literario a Samuel Fernández Montalva y por Director Artístico a Luis E. Gutiérrez; era una publicación quincenal ilustrada. Fué su dibujante Luis Fernando Rojas.

(12) El Semanario Ilustrado «Pluma y Lápiz» apareció el 2 de diciembre de 1900, siendo su cuerpo de Redacción y Colaboración el siguiente

Augusto G. Thompson, que hoy es *Augusto d'Halmar*, poeta aunque no angoste su emoción en el verso, traductor del lituano Oscar de Lubicz Miloz, poseído por el fantasma de los mares, dardea el ambiente con «Instantáneas de Luz y Sombra». Se decapita el siglo XIX. Un olor a entraña criolla sube de alguna parte: «Pancho y Tomás» sonríen en la égloga; «El Pintor Pereza» viaja en tercera clase; «Teodorinda» canta sus

te: Marcial Cabrera Guerra, (*Guerrette*); Pedro Antonio González, G. Valledor Sánchez; Diego Dublé Urrutia; J. Díaz Garcés, (*Angel Pino*); C. Varas Montero, (*Cyrano de Bergerac*); Benjamín Vicuña Subercaseaux, (*Tatin*); R. Bascur Rubio; R. Prieto Molina; P. Rivas Vicuña, (*Perdican*); F. Gana Gana; Oscar Sepúlveda, (*Volney*); Samuel A. Lillo; J. Prieto Lastarria, (*Bleu d'Isle*); y Julio Vicuña Cifuentes, más el cuerpo técnico de artistas y dibujantes. Decía el primer editorial de «Pluma y Lápiz»: «Prescindimos por completo de matices partidistas», para pronunciarse en contra «de todo lo grosero y todo lo tonto». En su número 2 rindió homenaje a Oscar Wilde, muerto a la sazón, y publicó el primer fragmento de la «Balada de la Cárcel de Reading», traducida por un colaborador extranjero: Darío Herrera. Colaboraron en «Pluma y Lápiz», junto a otros: Mauret; Luis R. Boza; el poeta humorista Pedro E. Gil (*Antuco Antúnez*), con sus «Charlas domingueras»; Antonio Bórquez Solar; Magallanes; Pezoa; Rocuant, etc. En el número 27 de «Pluma y Lápiz» apareció un poema, «Mi perro», de Cabrera Guerra. «Pluma y Lápiz» tuvo una segunda época en 1912, (primer número: Viernes 19 de julio), bajo la dirección de Fernando Santiván y siendo Secretario de Redacción Daniel de la Vega. Decían sus ejecutores que esta «Pluma y Lápiz» «pretende ser una evocación de ese pasado de sana, de alegre camaradería intelectual». En su primer número opinaron sobre Cabrera Guerra: Mauret, Latorre, Montenegro, Maluenda, Martín Escobar, Gustavo Silva, A. Carvajal, Yáñez Silva, Juanuario Espinoza, Francisco Contreras y Armando Donoso. En el número 4, Pedro E. Gil recuerda, en «San Carlos 639», al gran Cabrera. En esta segunda época de «Pluma y Lápiz» irrumpen firmas actuales: Melfi, *Alone*, etc.

Gustavo Valledor Sánchez fundó con Emilio Rodríguez Mendoza «El Año Literario».

Oscar Sepúlveda, muerto en Antofagasta, anunció, en «Pluma y Lápiz», un libro que no publicó: «Cantos del Paraíso»; tuvo Sepúlveda gestos reivindicadores en la pampa; escribió con tinta romántica.

quince años: es el poeta Carlos Pezoa Vélis que descende nadie sabe de dónde, pero que palpa la patria y la expresa.

Los guiñapos; el sol dolido de los suburbios; los perros repletos de melancolía; los vagabundos ardientes que aprenden Chile, durmiendo a cielo raso; en una palabra, lo que constituye nuestra cara dolorosa y auténtica, halla en su garganta la definición que nadie formulara antes, que nadie pudo—tampoco—lograr cabalmente, ya que Pezoa sintetiza nuestro pueblo: es sufrido, socarrón, andariego, amigo de calmar penas.

Ernesto Montenegro llamará, al publicar su libro, en 1912, «Alma Chilena» a la obra de Pezoa, compendiando en el título la verdad de este artista, quien, además, de este mérito de chilenidad, de ser ala de nuestra alma, vive en la posteridad cariñosa de nuestra memoria, con el de haber enaltecido la imagen, casi me atrevería a escribir, de haberla descubierto entre nosotros;

«.....La lectura agobia
y anteojos de bruma pone en la nariz» (13).

Francisco Contreras contrasta con Pezoa. Contreras que adora la argucia lírica, el brillo formal, mantiene correspondencia con la novedad, Es el introductor de diplomáticos del decadentismo. Mas, ¡avivemos su esfuerzo!, Contreras, ojo finísimo, da las llaves de la curiosidad inteligente a nuestro medio. Será el apóstol de la poesía, así a secas, sin adjetivos de didác-

(13) «Luz y Sombra» apareció el 24 de marzo de 1900, era la continuación de «El Turista». Director Propietario: Alfredo Melossi. Esta revista se fusionó con «Instantáneas» el 9 de septiembre de 1900, («Instantáneas de Luz y Sombra»), adviniendo luego a su mando Augusto d'Halmar.

«Luz y Sombra» tuvo otra hora, en Valparaíso, durante 1915. Directores Propietarios: Jorge Orfanoy y Eduardo Lillo Silva, Director Literario: Luis E. Carrera, «apasionado fervoroso de Pezoa Vélis».

tica. En 1899 entregó «La Revista de Santiago». Después, en París, deviene eje de lo americano, (1905-1932).

«Del mar a la montaña», (1903), se llama el libro máximo de Diego Dublé Urrutia: libro de pintor enamorado del naipe de panoramas de Chile; Dublé mira y canta, al tanto que Pezoa forcejea con los paisajes subjetivos del hombre de Chile.

Samuel A. Lillo: fervor de la tierra chilena, meditación prolongada sobre el río de nuestra sangre, compromiso solemne con la raza y, abnegadamente, poeta de tónica mayor en la esperanza de una mañana pura (14).

Con inspiración de pólvoras libertarias, Víctor Domingo Silva, acoge el llanto horrible de la pampa, en «Hacia Allá», (1905), libro de páginas ardientes, donde la «Nueva Marsellesa» es un relámpago de unidad en la pasión de la justicia;

«Hermanos en la vida y en el trabajo, hermanos en el dolor y en todo: estrechemos las manos y pues marchamos todos por un mismo camino vamos a la conquista de nuestro gran destino» (15).

Anecdotalizando, convencional, Antonio Orrego Barros edita, en 1903, «Alma Criolla». Orrego se «ahuasa» para conquistar la medida intransferible y un aliento de flores silvestres lo destaca: Chile sigue su línea de puertas cerradas; salvo escasos poetas escapan a su vórtice. La libertad, la flor nacional, la naturaleza chilena, los momentos heroicos, sus soldados, completan la temática.

(14) Pedro Pablo Figueroa escribió de Samuel A. Lillo: «cantor de la vida y de la naturaleza selvática y grandiosa, a la vez que del esfuerzo redentor», (1908).

(15) Un poeta facturado por la ocasión, Clodomiro Castro, en Iquique, en 1896, escribió «Las Pampas Salitreras», poema en 5 cantos y en versos «rasos», como el mismo autor denominó los suyos: denuncia de dolor proletario, en versos mediocres.

Jorge González Bastías pule el ensueño del agua cristalina y es humo de atardecer su traslúcida canción: leal a sus «Misas de Primavera», (1912), en 1940, es el cantor «Del Venero Nativo». Ernesto Guzmán, ¡qué pulcritud de mármoles!, se universaliza en el amor de las cosas que reflejan el mundo: el agua, las nubes, Jesús, las manos; es el defensor del verso blanco y éste le ha prodigado sus últimas cumbres.

Poeta y pintor, ser colmado por la gracia, Manuel Magallanes Moure aporta una como dulce marea de espigas; la pintura le ha permitido al poeta la difícil concisión, la justeza de palabras, en una poesía saturada de celeste y cielo humano; su poema «Apaisement» es de esos que irradian más allá de toda escuela.

Los poetas buscan ahora sus territorios íntimos. Hay viajes hacia comarcas inubicables. Un peregrino azul recorre las arterias. Jerónimo Lagos Lisboa rotula a su primer libro, (1915), «Yo iba solo...», sensación de marcha, pero de marcha con un solo equipaje: el corazón; Alberto Ried deformará formalmente este título y designará a su libro de poesías «El hombre que anda». Lagos Lisboa espolvorea sobre sus cantos una tenue capa luna y Carlos Mondaca, como él, en 1910, ha resumido en un título la devoción de irse, de tomar contacto con el horizonte: «Por los caminos». Como en Lagos Lisboa, en Mondaca existe angustia. Sin embargo, Mondaca fué designado con mayor ceniza y sus poemas son monogramas de sal y llanto; un pájaro de sangre corona la frente de este poeta, quien, como Baudelaire, ha penetrado en el arcano del reloj; Mondaca es el hijo que lleva en sus venas las enormes estrofas de la elegía por la madre muerta:

«¡Gracias, madre!
Por todos los dones de tu corazón,
por tu santa emoción;
y por la exaltación
y la pasión».

Rama de mitología, sed de Grecia vieja, es la inspiración de Horacio Olivos, quien, en su libro «Neuróticas», (1903), se distancia del copihue y se avecina en el laurel. Olivos, Contreras y González, en cierto modo, son los grandes desertores del anillo chileno, para explorar playas nuevas, pero dormidas en alguna parte, sólo que Contreras después de adormirse bajo la luna de Brujas y de Amberes, recibirá un flechazo de nostalgia que resonará en la suavidad de su alma, para brindarnos «Luna de la Patria», «única, lánguida, grata», en una confesión de renovada adherencia a lo nuestro.

Miguel Luis Rocuant es el éxtasis que expone: dominio de arcillas nobles. Zoilo Escobar es el ejemplo del que investiga su psiquis incansablemente y no extravía su corazón en los años; su libro «Girasoles de papel», publicado a bastante distancia de sus inicios, es un muestrario de su agilidad lírica, de su paso firme y siempre en el minuto que vive; corazón de brújula, su Norte está lealmente en el cielo de los pobres; el mar de Valparaíso le flexibiliza los sueños.

«Juventud», (1909), preludia la cadencia y la limpieza que otorgará a sus poemas Max Jara, poeta de penumbra fragante y de lenguaje transparente: «¿Poesía?», «Asonantes».

Baudeleriano, con fortísimas tempestades anímicas, Alberto Moreno es el «poeta maldito» entre nosotros; su «Giganta» es una potente composición al margen de la del maestro de «Las flores del mal»: Neftalí Agrella seleccionó la obra de Moreno y nos mostró un temperamento de fuegos oscuros: así nos presenta su «Musa Moderna»:

«Hoy adora placeres misteriosos,
donde hay fósforo, azufre, valeriana;
donde hay espasmos tétricos, nerviosos,
y un regusto supremo de nirvana» (16).

(16) Nombres, nombres, nombres, apuntando, con su índice de astros, la permanencia de sus pasos: Alfredo Guillermo Bravo, tangente a los su-

Una figura de príncipe de antologías es la de Pedro Prado: cabeza de muchas suertes, frecuente el color, la línea, el poema; y en el poema alcanza desde la autonomía meditativa, hasta el soneto, en su «Otoño en las Dunas», (1940), sosteniendo atmósferas de serenidad y elegancia. Prado es el mantenedor del «Grupo Los X», (1917), que reúne firmas valederas de nuestra literatura; grupo que edita una «Pequeña Antología», una revista; y construye en Santiago, (Santa Rosa 179), una torre para alcanzar la soledad augusta del arte, en una especie de convento de la creación (17).

«¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?»

pregunta Gabriela Mistral, y en este verso yo la singularizo; su poesía, de mujer con las entrañas vueltas diamante, es un largo diálogo con la divinidad, con la variación de un mismo ardiente tema: la angustia ovillada en el destino. La Mistral difiere de todas las poetisas por ese su acento entero, de piedra sagrada: el mundo le preocupa y su tragedia nunca desciende a la información azuleja y vacía: constante nivel de aristocracia de lágrimas, continua elevación de copa rebasada de un vino siniestro. Estrella de América, su luz no es de estas zonas. «Desolación», (1923), su primer libro, dedicado a don Pedro Aguirre Cerda, está en el vértice de donde escapan los rayos; es un libro facturado a filo de instinto. «Tala», (1938), su otro libro,

burbios y a la redención; Augusto Winter, en un zoológico ideal: cisnes, hualas; Ignacio Verdugo Cavada, escondiendo en el herbario del alma los copihues de su gloria; Ernesto Montenegro, de verbo social, en la soledad del desierto; Benjamín Velasco Reyes, Juvenal Rubio, Benjamín Oviedo...

Neftalí Agrella publicó, en 1927, «Poemas», libro de luces vanguardistas; libro memorable en su ámbito.

(17) Frente a «Los X», es menester colocar, aunque ello escape a este trabajo, a la Colonia Tolstoiana, comandada por d'Halmar, realizándose en San Bernardo: unión de artistas chilenos en el afán de una vida resplandeciente de virtud, de unidad con la naturaleza.

Sobre «Los X», ver artículo de Acevedo Hernández, «Las Últimas Noticias», 5 de Abril de 1941.

es el logrado con la sabiduría; el que da el conocimiento y que en su grandeza carece de esa atractiva naturalidad de cielo que preside a «Desolación». La Mistral ha sido conceptuada como la poetisa de los niños, afirmación que negamos; los niños no la comprenden; ella es la garganta de las madres, las madres hablan en su voz; su tónica de suavidad no es la de la maravilla, y los niños aman más que el lino, el trébol que se torna agua o esmeralda en sus manos.

Frente a Gabriela Mistral coloquemos la raya trémula de rocío de la obra de Olga Acevedo, quien sumerge en su libro «7 palabras de una canción ausente», (1929), su nombre en el seudónimo de *Zaida Surah*; Olga Acevedo ha publicado posteriormente, «La Rosa en el Hemisferio», (1937), acercándose a circunstancias recónditas en un idioma enriquecido por un ejercicio sin fatigas.

Caudaloso, solo en su heredad de rubíes, Pablo de Rokha es el hombre sin ayer en nuestra poesía: de pie con sus tremendas perspectivas, alcanza una situación de coral bravío, a través de su numerosa trayectoria de obras: «Los Gemidos», (1922), resuena lo mismo que una campana de huesos soberbios en nuestras letras y su «Jesucristo», (1936), es libro monumental en el Continente. Sombra de amor y de canto, a su lado, Winétt de Rokha es, con Gabriela Mistral, la mujer que habla exenta de bordados sentimentales; Winétt penetra en una jornada de sombras peligrosas, de vaguedades poéticas, que son su encanto; su libro «Cantoral», (1937), parece una golondrina recostada en el amanecer (18).

Daniel de la Vega y Pedro Sienna encarnan el dolor de las candilejas, la luz trunca de las carpas de circos; de la Vega es

(18) En «Selva Lírica», Winétt de Rokha figura con el seudónimo de *Juana Inés de la Cruz*, Ver «Expresión», Revista Trimestral de Poesía, N.º 2, Santiago de Chile, 1938.

A Pablo y Winétt de Rokha se suma Carlos de Rokha, poeta de pureza.

el poeta que tiene escritas sus estrofas en los árboles provincianos, que tiene su defensa en la tarde de los enamorados, que debe leerse al borde de una mujer 1914. Sienna es el cronista de las noches de estreno, de los espejos de los camarines, de los aplausos que descuelgan la madrugada.

Verificando su vocación, en una inclinación devorante, Angel Cruchaga Santa María, realiza una órbita de dignidad en nuestra poesía; primero, es él una letra de incienso; después, la mujer vuela en sus ojos como una abeja de oro; y, al fin, con el reposo, en su obra premiada «Paso de Sombra», (1939), halla que un pájaro herido trae la esperanza a los arrabales...

Hermano menor de la rosa, Juan Guzmán Cruchaga, sobrevive por «Canción», síntesis de su temperamento cristalino. Y Carlos Barella, como él, con un bautizo de polen, llega—lógica de su diafanidad—al poema para niños, con elementación de animales maravillosos.

Enrique Carvajal y Miguel Munizaga Ossandón, unidos al tiempo por una obra delicada, contrastan, no por esto, sino que por sus elementos con Jorge Hübner Bezanilla, abrazado al mundo, y con Juan Egaña y Raimundo Echeverría Larrazaval, dolientes en sus espadas de invierno.

Alberto Valdivia, en «Romanzas en Gris», (1922), acarrea lejanías y sollozos a las páginas antológicas chilenas; Luciano Morgad, un día por venir, inflado de auroras. Carlos Préndez Saldías ejerce poesía asoleada y transparente; y en David Perry, la forma logra su meridiano: «Los Témpanos Errantes», (1915).

Luis Felipe Contardo recoge en su pecho la fragancia cristiana y en sus vestiduras quedan huellas de astros, como condecoraciones; sus sonetos son pequeños cuadros de fluidez y apostolado (19).

(19) La poesía chilena conserva, además del nombre antológico del sacerdote Contardo, los de los sacerdotes Bernardino Abarzúa y Francisco Donoso, poeta de modernidad fresca y valiosa: «Poemas Interiores».

Carlos Acuña aporta la frescura campesina, el requiebro oloroso a yerbabuena; su balada «El Ulpo» es una breve obra maestra en su género; le brillan en la canción a Carlos Acuña los ponchos felices, las espuelas de plata, desafiando al sol.

Lautaro García evoca figuras lejanas y ondea en su ensueño piel de mujer. Eusebio Ibar, actualmente en la indiferencia de Antofagasta, apunta proas jóvenes, como la de su «Nocturno Aspero». Roberto Meza Fuentes colma una época con su actividad y su poesía; está durante 1920 en la avanzada, desde «Juventud», revista de la Federación de Estudiantes, y sus versos estallan armoniosos; en 1933 concentra en «Palabras de Amor» una etapa de su ruta.

Paralelamente a «Juventud» irrumpe «Claridad», fundada por el poeta Alberto Rojas Jiménez, quien, con Martín Bunter, en 1920, propone la técnica «Agú», desde un jovial manifiesto dadaísta; Rojas Jiménez, a máquina, obsequia a sus íntimos con un libro de blancuras: «Solnei»; poeta de amplias corrientes, se pierde en la bohemia y de su viaje a Europa quedan unas crónicas de inmensa simpatía y sus poemas de «Carta-Océano», anunciados por varias editoriales y nunca publicados.

Armando Blin edifica sonetines con espontaneidad admirable:

«Por los callejones viejos
los faroles alineados
parecen ojos cansados
de pretender mirar lejos».

Vicente Huidobro que tiene un alba indecisa, pronto salta, poesía al cinto, a cimas desconocidas. El tiempo poético de Huidobro suena clarísimo y a él le debemos el afán por la altitud del oficio, la inquietud creadora contra la mala bohemia con telarañas por el cuerpo; Huidobro suma a los «ismos» una modalidad, *el creacionismo*, exigiendo al fenómeno poético esfuerzos de rigurosa imaginación y expresión; por su devoción

puede pensarse en Francisco Contreras, como Huidobro, proponiéndose el derrame de una sensibilidad nueva en nuestra poesía: Huidobro ha escrito libros en francés y en español y figura en algunas antologías francesas, (de aquí la razón de esa crónica de Rojas Jiménez, que empieza, más o menos: «Vicente Huidobro, poeta francés nacido en Santiago de Chile», etc. (20).

Una gota de sangre salpica nuestras antologías: un poeta muere, enloquecido, por soñar la Justicia y la Libertad; es José Domingo Gómez Rojas. En una celda vulgar escribe sus poemas finales, que exudan la macicez de su temperamento; muere a los 24 años, (1920), pero lega una obra impar por su desnuda belleza; se llamó para los antologistas de «Selva Lírica» *Daniel Vásquez* y con este seudónimo publicó poemas de factura singular; Gómez Rojas compendia el grito caliente de humanidad que ha venido formándose, tal una gigantesca ola de lava, desde la boca de Camilo Henríquez (21).

X

«La Canción de la Fiesta, (1921), es el pregón de esa marea renovadora, dominante y única que demarcará los lindes de la esencia poética de Pablo Neruda. Neruda es flor de oca-sos en «Crepusculario», (1923); es mano de estíos en «20 poemas de Amor y una Canción Desesperada», (1924); es capitán de rudos sueños en «Tentativa del Hombre Infinito», (1925); es sugerente en «Anillos», (prosas en colaboración con Tomás

(20) Ver «Cosmópolis», N.º 1. En estos últimos años, Huidobro ha publicado, con interrupción, una revista combativa: «Total».

(21) Ver «Rebeldías Líricas», segunda edición, 1940. Al cumplirse 20 años de la muerte de Gómez Rojas, fué inaugurado en Santiago un parque que lleva su nombre: de desear sería, y lo proponemos, que la Municipalidad de Santiago cambiara a ciertas calles nombres que nada evocan y bautizara a éstas, o a las que vengan, con nombres de escritores, poetas y artistas nacionales; de este modo, se perpetuarían sus firmas y se avaluarían en una obra nacional que es a todas luces necesaria: *Calle Baldomero Lillo, Calle Pedro Antonio González, Calle Virginio Arias...*

Lago, 1926); es lacerado y poeta en su novela «El Habitante y su Esperanza», (1926); es adicto de Sabat Ercasty en «El Hondero Entusiasta», (1933); para ser él, signo de plata, en sus somos de «Residencia en la Tierra», (1934, el primero; al año siguiente se reimprime en España, donde le homenajean los mejores poetas de la Península); la Guerra Española prende su frente y «España en el Corazón», (1937), es un obelisco desangre popular, florido en gratitud americana. Neruda es el poeta que agota los adjetivos y el que ensalza, con su magia, toda cosa, tornándola virgen, en trance continuo de descubrirse. Estilo de lluvias, auriga de las estrofas que no conocen sino el espacio de lo definitivo (22).

Apropiándose un título de Rimbaud, Salvador Reyes echa navíos imposibles en la poesía nacional con sus poemas de «Barco Ebrio», (1923), que aprieta todas las ansias anteriores de evasión que flotaban en la ambición de nuestros poetas y puebla de océano los ojos: él parte a conquistar territorios reservados a poetas; su poesía es una constante partida a repúblicas de humo, a islas donde el corazón es fustigado por canciones inolvidables. Su inspiración marinera influencia a numerosas firmas, se desenvuelve en sus cuentos y redacta los poemas de «Las mareas del Sur», (1930), (23).

Juan Florit, Moraga Bustamante, Luis Enrique Délano y Alejandro Gutiérrez, (estos últimos hermanándose en «El Pescador de Estrellas», 1925), apedrean romanticismos y juegan con arco-iris de anilinas verbales; huelen a 20 años y el mar mece sus pulsos (24).

(22) «Crepusculario» iba a llamarse primeramente «Helios», se anunció en «Juventud», (1921). En 1939 publica: «Las Furias y las Penas». Ver «Estilo y Poesía de Pablo Neruda», por Amado Alonso.

(23) Es «Barco Ebrio» el primer libro chileno de poesía que destroza sus vinculaciones con la manera lírica anterior.

(24) Más nombres que fulguran entonces y pasan: Homero y Fenelón Arce; Aliro Oyarzún; Samuel Letelier Maturana; Yolando Pino Saavedra;

Juan Marín, en 1929, golpea violentamente con «Looping», libro que es una versión de hierros y aceites; libro que está en el límite de los dancings, devorando ruidos y exaltando piernas como mástiles de un barco nocturno. «Looping» repercute en «Acuarium», (1934), donde Marín vocea su sol mental, su parentesco legítimo con el siglo (25).

Torres Rioseco, como Marín pudo nacer en un cantar de New York. Pero un filamento de patria lo ata al tricolor y a sus leyendas, en algunos romances: «Ausencia», (1932).

Carlos Casassus, en «Altamar», (1925), es el poeta de la distancia querida, de los soles que arden en el adiós, al revés de Armando Ulloa, quien reposa su fe en las láminas doradas de la campiña,

El novelista Manuel Rojas compone «La Tonada del Transeúnte», (1927), equilibrando sentimiento y novedad. Romeo Murga nos habla de caminos tendidos en el corazón y al igual que Cifuentes Sepúlveda muestra un calvario negro en sus retinas; Cifuentes Sepúlveda, cantado por Neruda en «Ausencia de Joaquín», reluce su estirpe grande en «El Adolescente Sensual», (libro póstumo, 1930).

Rubén Azócar realiza en su poema «La Puerta» un giro de pureza; después maneja la crítica y triunfa en la novela.

En La Serena, señor de sus palabras, desgrana cantares Fernando Binvignat.

Moisés Cáceres, muerto en París; Munizaga Hozven; García Oldini; Víctor Barberis, quien con Romeo Murga publicara «El Libro de la Fiesta», (Romeo Murga es autor de «El Canto en la Sombra», inédito).

(25) Nota aparte merecen los «runrunistas»: Benjamín Morgado, Clemente Andrade Marchant, Raúl Lara, Reyes-Messa y Pérez Santana, (1928).

Piruetas; juventud; libros de imágenes multicolores; postura de bandera roja, cruzando el ceño de los burgueses de la literatura: eso fué el «runrunismo»: del «runrún», rodela cantadora del suburbio chileno en los dedos de nuestros niños; y como el «runrún», música primitiva, pero dotada del sonido actual.

En 1926, una editorial, la «Panorama», presenta los primeros libros de Gerardo Seguel, («2 campanarios a la orilla del cielo»), Rosamel del Valle, («Mirador»), y Humberto Díaz-Casanueva, («El aventurero de Saba»); Seguel, por su vinculación al pueblo, escribirá, en 1937, «Horizonte Despierto», urgido de futuro; del Valle, en 1939, condensará en «Poesía» su importantísima experiencia, densa en mundos cerrados; y, recién, Díaz Casanueva produce «El Blasfemo Coronado», obra de mente acostumbrada a trabajar sobre sus propias tremendas substancias.

Raúl Cuevas, después de «La Ciudad de Opio», (1927), publica «Noches y Días», (1929), premunido de cualidades sutiles. Alejandro Galaz agrupa en «Molino», (1929), sus collares rumorosos, El mismo año, en Valparaíso, Jacobo Danke y Oreste Plath conmocionan con «Poemario», tarjeta de visita de dos artistas; Danke revive la lentitud solemne de Miloz y Plath se precipita a una labor de amor por la poesía desde «Gong», su importante tablero de arte y literatura (26).

Los estudiantes de Derecho de la Universidad de Chile producen una falange estimable: Julio Barrenechea, tenue en sus temas de gracia; Augusto Santelices, entre un humorismo que no decoró antes nuestra poesía y una pena de otoño; Augusto Torricelli; René Frías y Hernán Cañas, que acaban de brindarnos «Las Batallas Solitarias», con simpatía y luz humana en sus postreros tramos (27).

(26) Libros poéticos de Danke: «Lámpara en el Mar», «Las Barcarolas de Ulyses», «Baladas del País de los Vientos (inédito)»; Oreste Plath publicó: «Áncra de Espejos», (1935); en Plath destacamos a un afanoso impulsador de nuestra literatura; en su viaje a Perú fué cordial bocina de nuestras letras; ha publicado siluetas biográficas de artistas chilenos bastante completas, («La Nación», de Santiago, 1939), teniendo un acucioso ensayo de poesía chilena moderna, en espera de editor.

(27) El Centro de Derecho de la Universidad de Chile lanzó una revista de arte, «Mástil», prestigiada por firmas actuales de solvencia; fué dirigida por Augusto Santelices, por Jorge Téllez y, posteriormente, rea-

Juvencio Valle y Francisco Santana acercan a nuestros labios la harina armónica del sur; Valle existe como un glóbulo celeste perdido en heredades supremas; creador y profeta de la resina oculta y de los insectos que custodian la corteza terrestre, sus libros «La Flauta del Hombre-Pan», (1929), «Tratado del Bosque», (1932), y «El Libro Primero de Margarita», (1937) señalan alucinación y limpieza. Francisco Santana, autor de «Cauces de la Voz», (1936), ronda el palacio de los genios selváticos y es un bello árbol sensitivo en mitad de nuestra juventud.

Pedro Plonka, Quiñones Alvear y Moisés Moreno estilizan el humo de los adioses en Valparaíso; engancha a sus puños un color obrero Max Miroff, con sus escasos cantos de «Fragua», (1933); y Claudio Belmar, en el Puerto, trazó sus prosas poéticas de «País de Marionetes», (1931), (28).

«Puentes de humo», (1935), de Elías Ugarte Figueroa, «Cántaros de Amor», en el mismo año, de Orlando Cabrera Leyva y «Mapa de un Corazón», (1933), de Rodrigo Rodríguez

pareció bajo la dirección del que esto escribe, aumentada con un Suplemento de Poesía, (1939-40).

«Espejo del Sueño», (1935), premiado por la Municipalidad, es de Barreñechea.

A guisa de recuerdo, apuntaremos el nombre de algunas revistas en que la poesía nueva tuvo ambiente en nuestro país: «Dionysos», «Andarivel», «Ulyses», «Gong», «Hacia», «Azul», «Expresión», «Caballo de Bastos», «Letras», «Norte», «Litoral», «Rodó», «Ariel», «Dinamo», «Vértebra», «Puelche», «Nguillatún», «Acronal», «Mandrágora», «Pro», «Musa Joven», «Total», «Síntesis», etc. Ahora, «Multitud» y «Atenea».

«Atenea» y «Letras» constituyen durante los últimos años, indudablemente, lo más importante y lo más adecuado para quien investigue nuestra poesía, («Atenea», desde 1924, «Letras» desde 1928).

(28) Oscilando en pelea de juventud y de cultura, destácase Arturo Troncoso, autor de «Solveig», poemas. Troncoso fué colaborador eficaz de «Atenea» y murió, trágicamente, en el terremoto de Chillán de 1939, como Aliro Zumelzu, poeta de inspiración transparente en su libro inédito: «Té a la Memoria de Blanca Nieves», (20 años promisoros).

San Martín, inscriben promesas, (29). Cabrera nos anuncia «Aventura en Silencio».

Juan Negro labora poemas con hábito de estrellas de infancia, (30); Antonio de Undurraga desdeña el borbobón lírico y ciñe su decir a las formas; Victoriano Vicario enseña latitudes y personajes de leyenda; Omar Cerda toma del nombre de su libro «Porvenir de Diamante» de un verso de «Niña ahogada en un Pozo», un poema de García Lorca; gana Cerda el Concurso de Poetas Inéditos organizado por la Sociedad de Escritores de Chile, en 1939, con musicales poemas de factura clara e imágenes luminosas; finísimo y con el silencio de una progresión firme espera su hora Carlos Godoy Silva; Andrés Sabella lleva 10 años de jornada de poesía y de Revolución, formulándose en «La Sangre y sus Estatuas», (1940), como biógrafo de nombres y hechos de nuestra lucha obrera; Carlos Collins Bunster, en «Romancero del Ansia», (1934), actualiza el romance, que en

(29) Poetas de huella breve: Jara Azócar, Astolfo Tapia, Ricardo Boizard, Miguel Herrera, Eduardo Ugarte, Gustavo Alvial, Juan J. Hidalgo, Fausto Soto, Oscar Lanas, Guillermo Koenenkampf, Arturo Zúñiga, Leucotón Devia, Claudio Costa.

Gustavo Alvial publicó tres libros en Antofagasta, donde hubo un movimiento de interés, 1925 a 1935, aprestándose para la lucha por un arte nuevo muchachos cuya obra se perdió en los días: Eduardo Ventura, Fredes Rodríguez, Arcadio Méndez Vera, Rodó Vidal, Juan Abud, Norberto Hewitt, Orlando Cáceres, etc. El Dr. Atilio Machiavello desplegó en ese puerto fecunda obra poética, («Sonetos de la Inquietud Distante», «Albas de Medianoche»); otro médico, Antonio Rendic y Héctor Erazo Armas encienden sonetos viejos; Augusto Iglesias, (*Julio Talanto*), publicó sus «Plegarias de la Carne» en imprenta antofagastina y con Salvador Reyes, Mario Bonatt y Cayetano Gutiérrez Valencia, (*Zayde*), dió los primeros combates de la novedad, (ver su revista «Iris»; otra de Antofagasta, «Mosaicos»); en Antofagasta vivió sus últimos años Mauret Caamaño y con César Erazo Armas elevó el tono de las publicaciones locales. Ver «Pulso», 1939-1940; «Antof», 1931; «Carcaj», 1929; «Acronal», 1929.

(30) Juan Negro gana con «Mensaje de Poesía», 1936, el Premio Municipal de Poesía.

Nicanor Parra y Oscar Castro esplenderá abundantemente; Parra lo cultiva en «Cancionero sin Nombre», (1938), y Castro deviene en paladín del octosílabo en «Camino del Alba», el mismo año; Parra ensaya recursos diferentes y lo consigue con provecho; Castro, enriquecido, se entrega en «Viaje del Alba a la Noche», (1940), después de ganar varios concursos, (31), Carlos Poblete escribe la alabanza carnal en «Paisaje del Sexo», (1933); Dewet Bascuñán, en las revistas de vanguardia, destrenza su entusiasmo de hombre; Alfredo Gandarillas es presentado en la revista «Letras» con delicados poemas; Caupolicán Montaldo, que antes es *Fernando Mirto*, trabaja «A orillas del Alba», (1935) y «El Segador de Rocío», (1939); Víctor Franzani y Claudio Indo, activan sus palabras en «Arquitectura de la Sombra», (1939), y «El Descubridor Maravillado», (primer tomo de «Un Hombre Apunta a su Imagen», en el mismo año y en edición limitadísima, hecha en Estados Unidos de Norte América); el novelista Nicomedes Guzmán se presenta como poeta, publicando, en 1938, «La Ceniza y el Sueño», título que conforma, en 1939, Alvaro Bombal para su libro inédito «La Ceniza y el Extasis»; Aldo Torres Púa, penetrado de amor por la poesía, ejerce en «El Sur» de Concepción la crítica de libros y produce tras de «Imágenes Silvestres», (1933), «Corbán», (1940); Carlos René Correa vive suspenso por ataduras celestes y formaliza su valoración en las prosas poemáticas de su «Significación

(31) Más poetas; Javier Vergara, Eduardo Roubilar, Eduardo Molina, Helio Rodríguez, Julio Molina, Julio Moncada, Pablo La Madrid, Mario Ahues, H. Videla López, Róbinson Gaete, Julio Sotomayor, Jorge Mario Quinzio, Alfredo Irisarri, Enrique Martínez, Heriberto Rocuant, Manuel Gandarillas, Guillermo Ramírez, etc.

Afloran con garganta antigua Alejandro Flores y Washington Espejo, en medio del ímpetu novísimo señalado.

Manuel Arellano Marín, olvidando la escena, converge al poema; Julio Walton reserva sus cuadros de «La Ciudad Cóncava»; Benjamín Subercaseaux, entre ensayo y novela, acuña sus «15 poemas directos»; «Maitines», prologado por Chocano, retiene el metal lírico de Fernández-Rodríguez.

de las Cosas». (1940); tres libros estelan los treinta años de Luis Merino Reyes, libros con resplandor; Jorge Millas y Luis Oyarzún derrochan distinción en «Los Trabajos y los Días», (1939), y «Las Murallas del Sueño», (1940), (32); Antonio Massís debuta con «Litoral Celeste», (1940); «Sombra y Sujeto», (1939) es la obra de Jaime Rayo, poeta de sombrías y cálidas hostias; Omar Cáceres en «Defensa del Idolo», (1934), es el centinela de los mundos que viajan detrás de nuestras manos; Alberto Baeza Flores y Juan Arcos se alían en un libro y se individualizan en «Animo para siempre» y «Vitalidad para el Ser», respectivamente, (1938); Baeza en su primer libro, «Experiencia de Sueño y Destino», (1937), es más artífice que en «Animo para Siempre», que pretende coger la hora revolucionaria; Arcos, castigado por igual objeto, concluye mayor prestancia poética, (33); Saavedra Gómez, en «Cancionero», (1938), plantea senderos ingenuos en poesía para niños; Eduardo Anguita, que con Volodia Teitelboim realiza una selección antológica estricta de *poesía chilena nueva*, (1935), es un apasionado del fenómeno poético, desgarrando hallazgos; y Braulio Arenas, Teófilo Cid, Enrique Gómez, Fernando Onfray, Jorge Cáceres, Mario Urzúa y Gonzalo Rojas verifican, en «Mandrágora», la *poesía*

(32) Luis Oyarzún obtuvo en 1940 el Premio de Poesía Inédita organizado por la Sociedad de Escritores de Chile: «Las Murallas del Sueño».

(33) Como tendencia en los poetas jóvenes chilenos se constata su militancia en el tono social, entroncándose a los poetas ácratas de 1905, (ver «Selva Lírica»), y a los escasos que fustigaron la expoliación capitalista en lo que llamaremos, por llamar, «poesía culta»: Víctor Domingo Silva, Antonio Bórquez Solar, Alfredo Guillermo Bravo, etc. El líder de los trabajadores chilenos, Luis Emilio Recabarren Serrano, (1876-1924), compuso canciones de lucha de impulso socialista.

En cuanto al humorismo, (practicado antes por Pedro E. Gil), podemos admirarlo en haces de resonantes imágenes en Augusto Santelices, («El Agua en Sombra», 1929, su primer libro), y en los romances, chilénísimos en sus bases, de Nicanor Parra.

negra; Braulio Arenas, en 1940, adiciona su nombre a los jóvenes valores auténticos con «El Mundo y su Doble».

Teófilo Cid es el poeta de «La Industria Derivada» y «El Amateur de la Lepra», (inéditos); Enrique Gómez abofetea círculos burgueses con «Las Hijas de la Memoria», (1940); Fernando Onfray, con el seudónimo de *Pablo Jufre* bate su acento en «Incertidumbre», manteniendo inédita su «Trillada Fábula en Pro de la Abolición del Colmillo»; Gonzalo Rojas Pizarro prepara su asalto y su permanencia, escribiendo sus poemas de «El Dueño de Sí mismo».

Modesto Collados, en «División Aurca», (1941), demuestra su primera estrella; Lautaro Robles y Molina Neira sorprenden con su aurora.

Restan los que viven la caricia de los poemas ocultos, pugnando por correr su destino: Zlatko Brncic, manifiestamente dotado en su tragedia «Heroica», (1940); Víctor Castro, con su «Víspera en Llamas», pronto a clamar su eclosión; Gustavo Ossorio en cerebrales conquistas; Adrián Jiménez, de registro personal; Genaro Winett, escudriñando el mar, para su «Cuaderno de la Flor y el Sonido»... y los que nuestra mirada presente en las peripecias de su silencio...!

XI

Podría escribirse que la poesía femenina chilena es de las María; el nombre éste, que suena a cantarito de miel, es el de la mayoría de nuestras poetisas: María Monvel, María Isabel Peralta, María Antonieta Le Quesne, María Tagle, María Cristina Menares, María Rosa González, María Baeza, María Cristina Madrid: María Monvel, una cítara lejana; María Isabel Peralta, en «Caravana Parda», obscurece las tardes, como en «Recodo Azul», la dolida María Antonieta Le Quesne; bizarria expresiva es la de María Tagle; agua de lunas niñas yergue María Cristina Menares; María Rosa González juega en la

hoguera de la vanguardia; María Baeza es íntima; María Cristina Madrid blande «Poemas del Amor Perdido»; luego, a manera de calendario de jardines; Amalia Krug Peñafiel, Estela Miranda, Stella Corvalán, Lucía Condal, Esther Véliz Cuevas, Aída Moreno Lagos, Raquel Gutiérrez, Berta Quezada, Victoria Contreras, Chela Reyes, Sofía Casanueva, Rita Walker, Victoria Barrios, Amanda de Amunátegui, Dinka Ilic, Matilde Recart, Gladys Thein, Patricia Morgan, Olga Ferrer y Elcira Bravo, en épocas y giros confundidos, esperando su desgloce y su mármol (34).

XII

«Crónica Mínima de una Gran Poesía», escrita con el corazón alborotado, obedece en sus limitaciones a la insalvable de un tiempo de urgencias y a un espacio recortado: vacié mi admiración y deploro no haber ahondado—¡cuánto lo quiero!—los perfiles de los poetas chilenos de mis años, los que tiemblan en sus sueños desde 1920 adelante. Si a alguien debiera yo dedicar este trabajo lo haría, gustoso, a los autores de «Selva Lírica», ardientemente escrita, documentada, corajuda y con la dimensión de una mirada comprensiva y justiciera (35).

(34) Ver «Poetisas de Chile y Uruguay» 1936, de Estela, Miranda.

(35) En la poesía chilena acontece un curioso y desgraciado fenómeno que la afecta; mientras ella crece y se prestigia, la crítica de poesía chilena es nula, o idiota, cuando asoma sus anteojos de triste beata de almanaque... *La crítica oficial* no la menciona siquiera, y si llega a preocuparse de nuestros líricos nuevos es para zaherir sin sentido alguno: v. gr., *Alone* al escribir cuatro o cinco juegos de palabras al margen de «El Blasfemo Coronado», ensuciando así la seriedad que requiere un puesto de tal naturaleza. Con este sistema resulta que el público permanece atornillado a versos sobajeados y privado de posibilidades directrices que los que ejercen este magisterio debieran, al menos, indicar. He revisado un diario en el que durante un año no he leído más de tres comentarios a libros chilenos de poesía, habiéndose producido algunos meritorios; por ejemplo: los de Cruchaga Santa María y Rosamel del Valle.

En resumen, nuestra poesía alza, en el pasado, hermosos instantes en que insurge su verídico rostro. En esa década espléndida de 1910 a 1920, que ha sido en verdad, la puerta por

Han antologado nuestra poesía; Pedro Pablo Figueroa; Armando Donoso; Hernán del Solar, con errores numerosos, como Rubén Azócar; Tomás Lago; Yolando Pino Saavedra; O. Segura Castro y Julio Molina Núñez, los autores de «Selva Lírica», (1917). También las antologías merecen un reparo: parece que los antologadores se limitaran a copiar lo que publicó el anterior y, de este modo, nuestros poetas resultan calcados hasta la fatiga: ¿no leen los antologadores en las fuentes directas? Es admirable la coincidencia de gustos que los define...

Como adictos a la sensibilidad nuestra debemos aplaudir algunos trabajos de Ricardo A. Latcham; Tomás Lago; Luis E. Délano; Francisco Santana; Carlos René Correa, (un poco a ventanas entornadas desde su ángulo político); Clarence Finlayson; Baeza Flores; Norberto Pinilla; Arturo Aldunate Phillips; Angel Cruchaga; Torres Púa; Julio Durán Cerda; Manuel Eduardo Hübner, (*Pedro Olerón*), y otros pocos.

Nuestra poesía precisa que no se le tome accidentalmente, en amor esporádico; ella requiere por su densidad,—cantidad y calidad plausibles—dedicación, compenetración, atención a sus proyecciones que la sitúan tan favorablemente en el panorama americano.

Agregaremos, antes de terminar, algunos ensayos en torno de nuestra poesía, que coadyuvan a su conocimiento;

«El Sentido de la Naturaleza en la poesía chilena», por Mariano Latorre, «Atenea», N.os 69 y 70.

«Poetas chilenos en Atenea», por Carlos Préndez Saldías, «Atenea», N.º 100;

«Esquema de la poesía joven de Chile», por Luis Enrique Délano», «Atenea», N.º 113;

«La musa en el país de las maravillas», por Jorge Herrera Silva, «Atenea», N.º 121;

«Introducción a un panorama de la poesía última de Chile», por Alberto Baeza Flores, «Tierra», N.º 2;

«Perfil de la poesía chilena», por Arturo Aldunate Ph., «Tierra», N.º 5; y

«Diagnóstico de la nueva poesía chilena», por Ricardo Latcham, «Sur», de Buenos Aires, N.º 3.

Nobleza obliga a marcar dos nombres extranjeros como aliados de nuestra lírica: Ricardo Tudela y Luis Alberto Sánchez, atentos a nuestra marcha poética.

que entró a Chile la Poesía, ya vibran nombres que deberemos repetir constantemente con respeto: Pedro Prado, Manuel Magallanes Moure, Ernesto Guzmán, Carlos Mondaca, etc., verdaderos varones de selección. Y confundiéndose con nuestros incendios, los poetas cuya historia se sabe de memoria nuestra gratitud: Vicente Huidobro, Pablo de Rohka y Pablo Neruda; ellos han sido el Norte, el Sur y el Este de este gran Oeste de arrebató poético y de calidad legítima que caracteriza a nuestra poesía presente (36).

(36) Vicente Huidobro, mientras se imprimían estas páginas, publicó una selección de poemas suyos, escritos entre 1923 a 1933, con el título de «Ver y Palpar»; María Cristina Menares, «La Estrella en el Agua».

El Premio Municipal de Poesía 1940 lo ganó Juan Guzmán Cruchaga con su libro «Aventura», impreso en El Salvador.

CHILE EN LA POESIA Y
EXPRESION SOCIAL DE
SUS POETAS



EXISTE, por no haberse escrito aún la antología civil chilena, la idea, un poco gruesa, de no tener Chile, en sus poetas, vena social, intérpretes de su historia, de sus héroes, su fatiga, sus hambres, sus esperanzas, sus trabajos y posibilidades.

La idea es peligrosa y se nos acusa de blancos y de blandos, de ser solamente amigos de la filigrana verbal, del sueño sin trascendencia, de una intimidad bella y egoísta.

Pienso que esta acusación se desprende del hecho de no haber dado todavía los actuales antologadores, en sus libros, la porción necesaria y justísima a los poemas de carácter semejante; además, de la costumbre negativa de nuestros recitadores de divulgar únicamente aquello que agrada, que es aleteo suave en los pobres oídos de un público a quien se asesina de mal gusto.

Chile está latiendo, agrandado de sol y de fuerza, en muchos poetas: está con sus terribles panoramas del Norte; con la campiña como una inmensa casa de dulzura; con sus huelguistas; con sus formas de trabajo y sus latigazos de porvenir. Es preciso buscarlo. Pronto se le descubre en las primeras palabras tremantes de Víctor Domingo Silva, por ejemplo, o en la cadencia menor y asoleada de Carlos Acuña (1).

Cuando uno se dedica a recorrer la poesía chilena con afán de pesquisa y de estudio, cae, rápidamente, en la verdad: ¿dónde está la reciedumbre de nuestros líricos? En su entonación nacional. Nos inaugura un soldado como pueblo que canta; Ercilla

(1) Ver «Baladas Criollas», de Carlos Acuña.

transmuta la sangre en verbo y «La Araucana» es ya nuestra biblia heroica. Comenzamos a tener geografía con un poeta:

«Chile. fértil provincia y señalada,
en la región antártica famosa».

.....

«Es Chile Norte Sur de gran longura,
costa del nuevo mar del Sur llamado,
tendrá del Este a Oeste de angostura
cien millas, por lo más tomado,
bajo del polo antártico en altura
de veintisiete grados, prolongado
hasta do el mar océano y chileno
mezclan sus aguas por angosto seno».

Ercilla que comprende ese estío brutal que es la sangre aborigen, no puede hacer otra cosa que exaltar. Y al exaltarla nos lega orgullo, grandeza y graves responsabilidades; la de continuar como aquéllos que él describe en su fervor: libres, dispuestos a la muerte por la tierra, poderosos; y la de utilizar el canto en honor de la justicia, en loor permanente a la nación que era

«de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa».

Prescindiendo de toda la lista respetable de escritores que hunden sus frentes en la mañana chilena hasta el Siglo XVIII, llegamos, cordial hallazgo, a Camilo Henríquez, superador de su mediocridad poética con una aguda sensación de independenciam.

La muerte de Portales despierta la inspiración de Mercedes Marín del Solar, quien concede a su lira las tonalidades del

tricolor, más una cruz; Salvador Sanfuentes es, sin duda, el primer poeta chileno que alza su pluma en defensa de nuestros valores espirituales, cuando Sarmiento y López nos desdeñan, (1842); y si hojeamos las obras de Jacinto Chacón, Guillermo Matta, Eusebio Lillo, Hermógenes de Irisarri, Luis Rodríguez Velasco y Carlos Walker Martínez, constataremos que Chile—y, flameando, arriba, América—, era en ellos recia raíz hinchada de amor: lo personal no pesaba; era el suelo nativo el motivo esencial: los padres de la Patria, el gesto de Prat, las batallas de la Independencia, nos cogen y nos remecen en sus escritos (2).

Marcial Cabrera Guerra, alto espíritu, mezcla en la poesía una actitud extraña: convulsiona con un aliento universal de fraternidad. Víctor Domingo Silva, en «Hacia Allá...», (1905), se reparte entre el mundo, («La Nueva Marsellesa»), y la tragedia nuestra, («Bajo el Sol de la Pampa»); su poesía es dinamita anarquista; y, lejos de su fisonomía antológica, debemos pensar en quienes le imitan, o practican, como él, entonces, una poesía acrática: Escobar y Carvallo, Magno Espinoza, Luis Olea, Francisco Pezoa, Eduardo Gentoso, etc. Chile continúa como eje, pero ahora los hombres comprenden que los horizontes no deben alzar banderas (3).

(2) Leer: «A Manuel Rodríguez», de Mercedes Marín del Solar; «Del Coloniaje», de Salvador Sanfuentes; «La Salva del 18 de Septiembre», de Jacinto Chacón; «Himno de Guerra de la América», de Guillermo Matta; nuestra «Canción Nacional», de Eusebio Lillo; «A San Martín», de Hermógenes de Irisarri; «A los Héroes de Iquique» y «La Unión Americana», de Luis Rodríguez Velasco; y los «Romances Americanos», de Carlos Walker Martínez.

(3) Luis Emilio Recabarren Serrano adjuntó a su fecundidad la del poeta; poesía adoctrinadora:

ADELANTE, SOCIALISTAS

Soldados de blusa de manos callosas,
mirad como hermosas las huestes están!
Preparan la marcha! Arriba la Vista,
 que al ser Socialista
se busca la vida de aquéllos sin pan!

Antonio Bórquez Solar irrumpe con frenesí de formas y de savias. En su poema «Anunciación», que abre su libro «La Floresta de los Leones», se proclama «el intérprete de los dolores de

Allá en el mundano espacio infinito
yo siento ese grito de ufano exigir,
que clama justicia, en pléyade mixta;
que al ser Socialista
debemos con gloria: ¡Vencer o morir!

Pedimos justicia, queremos cultura
y en nuestra locura deseamos triunfar.
¡Arriba los genios con pecho de artista,
que al ser Socialista
metrallas y sables él debe aplastar.

Sin bombo ni fausto sigamos marchando
doquiera sembrando semilla social,
que en horas cercanas, con fama altruísta,
que imponga Justicia con marcha triunfal.

Ideas humanas proclama valiente
buscando a la gente, un grato vivir,
decid con bravura que mientras exista
un ser Socialista,
él debe con honra: ¡Vencer o morir!

Si muerte le viene por guerra presente
no baje la frente si ve el ataúd;
que el ser que así lucha no es egoísta
sino Socialista
que indica a la plebe, la gloria y virtud.

Soldados de blusa de manos callosas
mirad como hermosas las huestes están.
En todo el Planeta tenemos en vista
que al ser Socialista
la dicha buscamos de aquéllos sin pan.

los pobres», y declara que odia y rechaza «la poesía doméstica del álbum», que premia con el «laurel burgués, fecundo, pródigo y ruin». Estamos en 1907. Bórquez encuentra en su poema «Los Huelguistas», los de la jornada del 12 de mayo de 1903, en Valparaíso, su hora de eternidad en nuestra admiración y en nuestra gratitud.

Pedro Antonio González divaga en tripentálicas y vive como desterrado de nuestro incendio interior. Pero, frente a la figura bronceada de González resuena, como nunca, la magnífica chilenidad de Carlos Pezoa Vélis, firme en su día de «Alma Chilena», (1912); es Pezoa el escudriñador del hombre de Chile, y su poesía no es sino la versión exacta, pura y valiosa de los abismos que forman nuestra última substancia. Dublé Urrutia es el Pezoa Vélis del paisaje criollo. Aquél es la médula. Este la cáscara; pero no en sentido de inferioridad, sino que de exterioridad (4).

Y con éstos: Ernesto Montenegro, saturado de pampa y de afanes redentores; Samuel A. Lillo, auténtico paladín de la raza; Mauret Caamaño, estatuizando héroes en sonetos de liviana gracia; Magallanes Moure, en la exaltación de nuestra oriflama; Jorge González Bastías y Jerónimo Lagos Lisboa, con nuestra naturaleza a flor de verso; Antonio Orrego y Carlos Acuña en la epopeya rural; el niño asesinado del 20, J. D. Gómez Rojas, desde sus «Rebeldías Líricas», anatema y bandera de liberación; Zoilo Escobar y Luciano Morgad, con un sentido de mundo entre sus sienes; Carlos Mondaca, chilénísimo en su tristeza, nos enrojece la palabra con su «Elegía Civil»; Alfredo Guillermo Bravo, tribunicio; Préndez Saldías; Andrés Silva Humeres; Sady Zañartu, con aguafuertes coloniales; Verdugo Cavada y Augusto Winter, marginando nuestra flora y nuestra fauna, en estrofas de penetrante memoria; Francisco Contreras, nostálgico; Pedro Prado, erguido en su mensaje de las pataguas; Max Jara, con olor nacional desde sus bases; Roberto Meza Fuentes, irra-

(4) Ver «Del Mar a la Montaña», de Diego Dublé Urrutia.

diando patriotismo en sus romances, (1940); y anterior, y desde otro ángulo, entrega Julio Vicuña Cifuentes sus «Romances Populares y Vulgares», de indispensable lectura, (1912), (5).

Y con su corazón en medio de nuestros impulsos, adviene Pablo de Rokha, con una prosa dura, de aluminio a veces, pero siempre denunciante y agresiva, (ver sus «Cinco Cantos Rojos»); Pablo Neruda, en «Crepusculario», piensa en «el alma de los obreros muertos»; más tarde labora, con intensidad y genio, su «Canto General de Chile»; Vicente Huidobro elogia a Lenin y al 1.º de mayo; Gerardo Seguel es el poeta bizarro de «Horizonte Despierto»; Max Miroff produce «Fragua»; Larraín Ríos, un tomo de poesías sociales; Andrés Sabella realiza una especie de biografía colectiva y mítica de Chile y sus obreros, en «La Sangre y sus Estatuas»; Julio Moncada desemboca en lo social; Alberto Baeza y Juan Arcos se unen en la ternura proletaria; Winétt de Rokha es una voz de amor del lado de las barricadas; Oscar Castro pone su corazón a ras del campo chileno, y logra una poesía inconfundiblemente chilena, con ser y naturaleza nuestros; Angel Cruchaga olvida al arcángel y da su mano al obrero, (ver sus poemas finales de «Paso de Sombra»); Nicanor Parra, que posee garganta criolla, barniza sus romances recientes con sangre chilena; Torres Rioseco, también formó con romances su adhesión a nuestra levadura; Julio Walton, con sencilla luz, escribe sus «Arengas de la Revolución»; Gladys Thein desdeña los suspiros y camina hacia Chile; España Popular corroe las entrañas de nuestros poetas al ser agredida, y se imprimen libros en

(5) Leer: «El Exilio», de Ernesto Montenegro; «Canciones de Arauco» y «Chile Heroico», de Samuel A. Lillo; «Héroes y Patricios» de Alberto Mauret Caamañó; «Protestas de Piedad», de J. D. Gómez Rojas, (además, «Gómez Rojas: realidad y símbolo», del autor); los poemas que inserta «Selva Lírica» de Zoilo Escobar y Luciano Morgad, (de este último: «La Canción Infinita»); «Romances de Tierra Baja», de Carlos Préndez Saldías; «Luna de la Patria», de Francisco Contreras; y «Las Pataguas», de Pedro Prado.

su defensa: a Neruda la tragedia le arranca su «España en el corazón», Jorge Millas edita su «Homenaje Poético al «Pueblo Español», y Antonio de Undurraga profesa su celo republicano en «Moradas de España en Ultramar; escasos poetas resisten el impulso admirativo, (ver «Madre España»); Brasil y, en su plenitud humana, Luis Carlos Prestes, golpean más allá de las fronteras, y en Chile la solidaridad para con «El Caballero de la Esperanza» se concreta en poemas, (Alberto Baeza, Jorge Cáceres, Jorge Mario Quinzio, Andrés Sabella, Gerardo Seguel, Guillermo Ramírez, etc.); la Unión Soviética y la anchura genial de Lenin encuentran en nuestros poetas cálidas copas de entusiasmo; Jacobo Danke canta a las milicias socialistas; Hernán Cañas absorbe chilenidad y lo clama en sus «Batallas Solitarias»; Juan Marín se coloca en medio del siglo y sus conquistas; Esther Véliz Cuevas, Enrique Martínez, Ricardo Marín, Quiñones Alvear, Carlos Poblete, Dewet Bascuñán, Olga Acevedo, Luis Enrique Délano, Alfonso Ramos, Héctor Videla López, Francisco Santana, Nicomedes Guzmán, Adrián Jiménez, responden con sus estrofas al grito de los oprimidos; Neftalí Agrella escribe, con Pablo Garrido, una tierna canción de cuna proletaria; Astolfo Tapia y Moisés Cáceres, en la Universidad, recogen las vibraciones rojas de Gómez Rojas muerto; y, aun, Rosamel del Valle, en «Poesía», define su corazón en pro de Chile, del Hombre y la Libertad (6).

En este rápido sumario al pulso social de nuestra poesía, se advierte que la mayoría de los poetas chilenos lleva en sus sue-

(6) Leer: «Maestranzas de Noche» y «Sinfonía de la Trilla», de Pablo Neruda, sus poemas insertos en «Repertorio Americano», de septiembre de 1940; «Animo para Siempre», de Alberto Baeza Flores; «Vitalidad para el Ser», de Juan Arcos; de la pág. 111 a la pág. 125, de «Cantoral», de Winétt de Rokha; el himno de Luis Enrique Délano a Recabarren; «Labrador sin pan», de Francisco Santana; «Romance Simple del Trigo», de Nicomedes Guzmán; y «Síntesis», la revista de la Federación de Estudiantes de Chile, N.º 1, (1933).

ños detenida la estrella del roto, que es estrella de sangre y de fuego. Pocos han silenciado su admiración al terruño y otros lo han captado de manera subjetiva, como exprimiéndole los contornos: Armando Ulloa, verbi gratia, ardoroso de la tierra, pero en impulso simbólico y genérico; Julio Barrenechea, Juan Negro, Juan Guzmán, Víctor Franzani, Claudio Indo, Juvencio Valle, Luis Merino Reyes, etc. (7).

Un vaho dominante, un anillo de nudos cósmicos, emerge de las entrañas del país, y es difícil sustraerse a sus influjos: de ahí que la mirada y la voz deban inclinarse al corazón de Chile, y recostarle en la poesía.

No sería difícil escribir la historia del país, incluyendo sus aspectos revolucionarios culminantes, a base de poemas. Y acaso esta faena sea alcanzada, alguna vez, como un aporte a las fuerzas internas de la raza; tal vez el más substancioso (8).

Tampoco sería difícil representarnos a Chile, considerándolo como un cuerpo, a través de algunos poemas: si la cabeza es el desierto, los de Víctor Domingo Silva servirían admirablemente; el tronco podría estar en los de Pezoa Vélez; las extremidades, vale decir, el movimiento, en los de los poetas de la Revolución, jugosos de fe obrera (9).

Planteadas la cuestión de la «poesía pura» y la «poesía social» en innúmeras polémicas y ensayos, no es aquí el sitio donde haya que renovarse el son. Pero echando al olvido el sí

(7) Leer «Cueca», de Juan Negro; «Imagen de Chile», de Víctor Franzani; «Chile del Sur», de Juvencio Valle; e «Himno», de Luis Merino Reyes.

(8) Con el reparo de no haber buceado las páginas que versan sobre el salitre, se destaca, por objetivo más o menos idéntico, «Panorama y Color de Chile», de Antonio Rocco del Campo.

(9) No debemos dejar de mano la siguiente observación: las promociones jóvenes han abordado, conscientemente, lo social, atrapando intención, al tanto que las anteriores llegaron a ello por un sencillo dictado de buena fe, sin una meta final en el tiempo; ahora, se canta «porque se es», y no por imperio de caridad, o de casualidad...

y el no de la cuestión, queda en pie una verdad: con o sin el adjetivo rotulador, la poesía chilena es poesía vital; poesía con sien de hombre; poesía terrestre, orientada a un fin de dignidad. Cantidad y calidad la colocan en honroso sitio frente al Continente, y a sus méritos, hora es de reconocer, sumemos su comprensión social y su ascendencia de línea democrática.

*LIBROS Y NOTICIAS DE
48 POETAS JOVENES*

En «Nuestros Poetas», de Armando Donoso, hay detalles de obras y referencias de los poetas chilenos modernos, hasta Romeo Murga: hemos confeccionado, para quienes se interesen, una tabla de libros y noticias de los poetas jóvenes más representativos, que en cierto modo, complementará el trabajo de Armando Donoso:

1. ACEVEDO, OLGA:

Libros.—«Los Cantos de la Montaña», «7 palabras de una canción ausente», «El Arbol Solo», «La Rosa en el Hemisferio».

Noticias.—Artículo de Salvador Reyes, «Letras», N.º 12; artículo de Raúl Symmes, «Expresión», N.º 2, (1938); artículo de Guillermo Koenenkampf «Atenea», N.º 151; artículo de Luis Durand, «Atenea», N.º 100.

2. ANGUITA, EDUARDO:

Libros.—«Tránsito al Fin», «Siempre y la Estatua», (inéditos); «Los Negocios Ardientes», (Multitud), N.º 34); «Liturgia», (inédito).

Noticias.—Artículo de Andrés Sabella, «El Industrial», de Antofagasta, de 23 de Enero de 1934; artículo de Alberto Baeza Flores, «Tierra», N.º 2, (1937).

3. ARCOS, JUAN:

Libros.—«Vitalidad para el Ser».

Noticias.—Artículo de Orlando Cabrera Leyva, «Senda», N.º 1, (1938); artículo de Carlos Préndez Saldías, «Atenea», N.º 160; artículo de «Hoy», N.º 359.

4. ARENAS, BRAULIO:

Libros.—«El Mundo y su Doble»; «El Argot de los Sueños», (inédito); «Lámpara Ecuestre», (inédito); «La Mandrágora Habla en Primera Persona», (inédito).

Noticias.—Artículo de Andrés Sabella, «Ideas», N.º 1, (1940); artículo de Aldo Torres Púa, «El Sur», de Concepción, de 12 de mayo de 1940.

5. BAEZA, ALBERTO:

Libros.—«Experiencia de Sueño y Destino», «Animo para Siempre»,

Noticias.—Artículo de Carlos Préndez Saldías, «Atenea», N.º 160; Artículos de Arturo Troncoso, «Atenea», N.ºs 161 y 162.

6. BARRENECHEA, JULIO:

Libros.—«El Mitin de las Mariposas», «Espejo del Sueño», «Vida del Poeta», (inédito).

Noticias.—Artículos de Alone, en «La Nación», 9 de noviembre de 1930 y 12 de enero de 1936.

7. BINVIGNAT, FERNANDO:

Libros.—«El Canto Humilde», «La Luna de Oro», «La Ciudad de Bronce», «Cántaro», «Calle de la Merced».

Noticias.—Artículo de Galvarino Rodríguez, «Vértebra», La Serena, N.º 4, (1934); artículo de Carlos Préndez Saldías, «Atenea», N.º 96; artículo de «Hoy», N.º 59.

8. CACERES, OMAR:

Libros.—«Defensa del Idolo».

Noticias.—Artículo de Alberto Baeza Flores, «Mundo Social», junio de 1935; artículo de Ricardo Latcham, «La Opinión», 14 de marzo de 1935.

9. CAÑAS, HERNAN:

Libros.—«Las Batallas Solitarias».

Noticias.—Artículo de Carlos René Correa, «El Diario Ilustrado», 30 de marzo de 1941; artículo de Angel Cruchaga, «Acción Social», N.º 99; artículo de Andrés Sabella, «Atenea», N.º 190.

10. CASTRO, OSCAR:

Libros.—«Camino en el Alba», «Viaje del Alba a la Noche».

Noticias.—Artículo de Arturo Aldunate Ph., «Atenea» N.º 164; artículo de Milton Rossel, «Atenea», N.º 172; artículo de Carlos René Correa, «El Diario Ilustrado», 19 de enero de 1941.

11. CERDA, OMAR:

Libros.—«Porvenir de Diamante».

Noticias.—Artículo de Andrés Sabella, «La Nación», 11 de febrero de 1940; artículo de Francisco Santana, «Atenea», N.º 178; artículo de «Hoy», N.º 426.

12. COLLINS BUNSTER, CARLOS:

Libros.—«Romancero del Ansia».

Noticias.—Página de «La Nación», 4 de noviembre de 1934; opinión de Alone en el mismo diario, 30 de diciembre de 1934.

13. CORREA, CARLOS RENE:

Libros.—«Caminos en Soledad», «Romances de Agua y de Luz», «Significación de las Cosas»; «Poesía en la Bruma», (inédito).

Noticias.—Artículo de Francisco Santana, «Atenea», N.º 185; artículo de Diógenes, «Atenea», N.º 184; artículo de Francisco Donoso, «El Mercurio», 15 de diciembre de 1940.

14. CUEVAS, RAUL:

Libros.—«La Ciudad de Opio», «Noches y Días», «El Otoño Adolescente», (inédito).

Noticias.—Artículo de Angel Cruchaga, «Letras», N.º 15; artículo de Ricardo Latcham, «Alfar», de Montevideo, N.º 66.

15. DANKE, JACOBO:

Libros.—«Poemario», «Lámpara en el Mar», «Las Barcarolas de Ulyses», «Baladas del País de los Vientos», (inédito).

Noticias.—«Los Nuevos», «Letras», N.º 13; págs. XXI y 243 de «In-

dice de la Poesía Chilena Contemporánea», de Hernán del Solar (1); artículo de Angel Cruchaga, «La Opinión», 30 de diciembre de 1934; artículo de Ricardo Latcham, «La Opinión», 24 de enero de 1935.

16. DE UNDURRAGA, ANTONIO:

Libros.—«La Siesta de los Peces», «Moradas de España en Ultramar», «Junco Jungla o El Navío de Hojas», (inédito); «Transfiguración en los Párpados Sagitarios», (inédito).

Noticias.—Artículo de Andrés Sabella, «Multitud», N.º 30, 31 y 32; artículo de David Perry, «Atenea», N.º 162.

17. DEL VALLE, ROSAMEL:

Libros.—«Mirador», «País Blanco y Negro», «Poesía».

Noticias.—Artículo de Angel Cruchaga, «Letras», N.º 12; artículo de Eduardo Anguita, «Trabajo», 31 de enero de 1940; artículo de Clarence Finlayson, «Hoy», N.º 425.

18. DIAZ-CASANUEVA, HUMBERTO:

Libros.—«El Aventurero de Saba», «Vigilia por Dentro», «El Blasfemo Coronado».

Noticias.—Artículo de Gerardo Seguel, «Aurora de Chile», N.º 20; artículo de Francisco Lobeiro, «Atenea», N.º 187.

19. FRANZANI, VICTOR:

Libros.—«El Anfora del Sueño», «Antología de Sangre», «Arquitectura de la Sombra».

Noticias.—Artículo de Andrés Sabella, «La Nación», 20 de agosto de 1939.

20. GALAZ, ALEJANDRO:

Libros.—«Molino», «Sonido de Flautas en el Alba», (inédito).

Noticias.—«Antología de poetas chilenos», de Yolando Pino Saavedra, págs. 229 y s.; artículo de Alone, «La Nación», 15 de junio de 1930; presentación de «Ercilla», 22 de abril de 1938.

(1) Ver «Letras», N.º 12, opinión de Salvador Reyes sobre «Poemario», (valedera para Oreste Plath. Ver sobre Plath, «Los Nuevos», «Letras», N.º 17).

21. GOMEZ-CORREA, ENRIQUE:

Libros.—«Las Hijas de la Memoria», «Cataclismo en los Ojos», (inédito).

Noticias.—«Ercilla», de 2 de Diciembre de 1938.

22. GUZMAN, NICOMEDES:

Libros.—«La Ceniza y el Sueño».

Noticias.—Artículo de «Hoy», N.º 359.

23. INDO, CLAUDIO:

Libros.—«El Descubridor Maravillado».

Noticias.—«El Diario Austral», de Temuco, de 5 de marzo de 1941.

24. LARA, RAUL:

Libros.—«S. O. S.», «El Poeta Automático», «La Humanización del Paisaje», «Contribución al Estudio de los Fantasmas», (inédito).

Noticias.—Artículo de Andrés Sabella, «El Industrial», de Antofagasta, de 22 y 23 de diciembre de 1933 (2).

(2) Noticia—también—, para Clemente Andrade, Benjamín Morgado, Alfonso Reyes-Messa y A. Pérez-Santana.

Ver artículos de Benjamín Morgado sobre Clemente Andrade Marchant, («La Nación», 28 de enero de 1934); Raúl Lara, («La Nación», 4 de febrero de 1934); y Alfonso Reyes Messa, («La Nación», 11 de febrero de 1934).

Ver artículo de Oscar Barrera, sobre Benjamín Morgado, («Gong», Valparaíso, N.º 11).

Ver artículo de Salvador Reyes sobre Clemente Andrade Marchant, «Letras», N.º 7-8.

Ver artículo de Carlos Prendez Saldías, sobre Raúl Lara, «Atenea» N.º 95.

Morgado ha publicado, después: «Un Hombre Triste en el Fondo del Mar» y «Festival de Agua y Viento».

25. MARIN, JUAN:

Libros.—«Looping», «Acuarium».

Noticias.—Artículo de Salvador Reyes, «Letras», N.º 12; reportaje en la misma revista, N.º 23; artículo de Adolfo Falgairolle, «Gong», Valparaíso, N.º 8.

26. MASSIS, ANTONIO:

Libros.—«Litoral Celeste».

Noticias.—Artículo de Guillermo Koenenkampf, «Atenea», N.º 187; artículo de Diógenes, «Atenea», N.º 184.

27. MERINO REYES, LUIS:

Libros.—«Islas de Música», «Lenguaje del Hombre», «Latitud».

Noticias.—Artículo de Francisco Santana, «Atenea» N.º 184; artículo de Carlos René Correa, «El Diario Ilustrado», 29 de septiembre de 1940.

28. MILLAS, JORGE:

Libros.—«Homenaje Poético al Pueblo Español», «Los Trabajos y los Días».

Noticias.—Artículo de Raúl Symmes, «Expresión», N.º 2; artículo de Luis Oyarzún, «Atenea», N.º 177.

29. MONTALDO, CAUPOLICAN:

Libros.—«A la orilla del Alba», «El Segador de Rocío».

Noticias.—Artículo de Roberto Meza Fuentes, «Las Últimas Noticias», 24 de febrero de 1940; artículo de «Hoy», N.º 446.

30. NEGRO, JUAN:

Libros.—«Mester de Juglaría», «Mensaje de Poesía», «Goces y Muertes».

Noticias.—Artículo de Salvador Reyes, «Hoy», enero de 1935; artículo de Andrés Sabella, «Boceto», N.º 14, de San Felipe, (1938); artículo de Aldo Torres Púa, «El Sur», de Concepción», de 23 de febrero de 1941; artículo de «Revista de las Indias», N.º 23-24, (1940, Colombia).

31. OYARZUN, LUIS:

Libros.—«Las Murallas del Sueño».

Noticias.—Artículo de Carlos René Correa, «El Diario Ilustrado», 9 de marzo de 1941; artículo de Luis A. Sánchez, «Hoy», N.º 478.

32. PARRA, NICANOR:

Libros.—«Cancionero sin Nombre», «Dos Años de Melancolía», (inédito), «Simbad, el Marino», (inédito).

Noticias.—Artículo de Angel Cruchaga, «Atenea», N.º 175; artículo de Aldo Torres Púa, «El Sur», de Concepción, de 7 de julio de 1940, página de «La Ley», de Chillán, de 25 de junio de 1939.

33. POBLETE, CARLOS:

Libros.—«Paisaje del Sexo».

Noticias.—Artículo de Andrés Sabella, «El Industrial», de Antofagasta, de 7 y 9 de diciembre de 1933; artículo de Benjamín Morgado, «La Nación», 10 de diciembre de 1933; artículo de Oreste Plath, «Folklore», N.º 1, Valparaíso, (1934).

34. RAYO, JAIME:

Libros.—«Sombra y Sujeto», «El Animal Emblemático», (en preparación).

Noticias.—Artículo de Eduardo Anguita, «Atenea», N.º 178, (pág. 130); artículo de Aldo Torres Púa, «El Sur», de Concepción, de 16 de junio de 1940.

35. ROJAS JIMENEZ, ALBERTO:

Libros.—«Solnei», (extraviado); «Carta-Océano», (inédito).

Noticias.—Reportajes de «Letras», N.º 19 y de «El Mercurio», de Antofagasta, de 20 de enero de 1934.

36. SABELLA, ANDRES:

Libros.—«Rumbo Indeciso», «3 Poemas en Homenaje a los 5 años de Vida de la Juventud Comunista de Chile», «La Sangre y sus Estatuas», «Vecindario de Palomas», (inédito).

Noticias.—Artículo de Aldo Torres Púa, «El Sur», de Concepción, de 15 de septiembre de 1940; artículo de Efraím Szmulewicz, «El Siglo», 13 de Octubre de 1940; artículo de Francisco Santana, «Atenea», N.º 184.

37. SANTANA, FRANCISCO:

Libros.—«Cauces de la Voz», «Cielo de la Vida Vegetal», (inédito).

Noticias.—Artículo de Alone, «La Nación», 14 de febrero de 1937; Un poema de Francisco Santana, «El Angel del Sur», presentación de Andrés Sabella, «Frente Popular», Santiago, 2 de febrero de 1940; artículo de Arturo Troncoso, «Atenea», N.º 155; artículo de Eduardo Barrios, «Las Ultimas Noticias», 30 de diciembre de 1936.

38. SANTELICES, AUGUSTO:

Libros.—«El Agua en Sombra», «Romances de Luces y Espadas».

Noticias.—Artículo de Salvador Reyes, «Letras», N.º 13; «Los Nuevos», «Letras», N.º 14; reportaje en la misma revista, N.º 22.

39. SEGUEL, GERARDO:

Libro.—«2 campanarios a la orilla del cielo», «El Hombre de Otoño», «Horizonte Despierto», «Continuación del Horizonte», (inédito).

Noticias.—Artículo de Andrés Sabella, «El Abecé», de Antofagasta, de 28 de abril de 1937; artículo de Manuel Bedoya, «Tierra», N.º 4, (1937).

40. TORRES PUA, ALDO:

Libros.—«Imágenes Silvestres», «Corbán».

Noticias.—Artículo de Francisco Santana, «Atenea», N.º 187; artículo de Carlos René Correa, «El Diario Ilustrado», 24 de noviembre de 1940; artículo de Arturo Troncoso, «Atenea», N.º 98.

41. ULLOA, ARMANDO:

Libros.—«Los Poemas de la Tierra».

Noticias.—«Letras», N.º 9-10 y 11.

42. VALLE, JUVENCIO:

Libros.—«La Flauta del Hombre Pan», «Tratado del Bosque», «El Libro Primero de Margarita», «Molino de Madera», (inédito).

Noticias.—Artículo de Juan Negro, «*Expresión*», N.º 1, (1937); artículo de Diego Muñoz, «*Aurora de Chile*», N.º 2; artículo de Angel Cruchaga, «*Atenea*», N.º 175.

43. VICARIO, VICTORIANO:

Libros.—«*El Lamparero Alucinado*», «*Fábula de Prometeo*», (inédito).

Noticias.—Artículo de Angel Cruchaga, «*Atenea*», N.º 175; artículo de Alone, «*La Nación*», 25 de abril de 1937.



PRINTED IN CHILE

PRECIO:

En Chile,
\$ 5.00

En el Extranjero,
US. 0.25